

Alfonso Reyes Messa

## La procacidad en la literatura



**N**UESTRA joven generación literaria ha dado en los últimos tiempos en emplear cierta procacidad en el lenguaje de sus cuentos o novelas. El propósito es, suponemos, dar un tono de agudo realismo al ambiente y a la expresión de sus personajes. Hasta dónde esto es beneficioso para nuestras letras y en qué medida es pernicioso es lo que trataremos de descubrir en las líneas que siguen.

El realismo ha existido siempre en el arte, sea en la escultura, la pintura o la literatura. La música misma, con ser la más inmaterial de las creaciones artísticas, suele también desviar hacia el realismo en su forma menos dura: el naturalismo. Por realismo se entiende la pintura o descripción de la realidad, y la realidad alcanza en la naturaleza humana o de las cosas formas a veces grotescas, groseras y alejadas de toda belleza. Para evitar estas manifestaciones nació el puro estilo clásico, que eliminaba el ripio de la realidad y seleccionaba todo aquello que el artista estimaba digno y estético. Ordenando y componiendo estos ele-

mentos seleccionados construía la obra de arte. Pero aun así no conseguía desvincularse totalmente de la realidad. Entonces el artista hacía una estilización de los elementos reales en beneficio de un equilibrio perfecto; equilibrio que, por su falta de agilidad y movimiento, deslindaba en el estatismo.

En contraposición a la estática clásica, tomando algunos de sus elementos y confundiéndose a veces con ella, nació el romanticismo. Profundamente humano, el romanticismo terminó por hacerse unilateral, con lo cual eliminó una considerable cantidad de elementos de composición que restaron amplitud a sus obras.

La evolución continuó. Llegaron el naturalismo y el realismo. Pero siempre ha habido un lazo de unión y un fondo común a todas sus obras; este nexo y este fondo común es el que emana de la condición humana del artista, que no puede dejar de estar presente en sus creaciones, por mucho que éste trate de eliminarse, como ocurren en las dos últimas tendencias mencionadas, para dejar paso a la realidad.

El realismo es, como su nombre lo indica y aunque sea pueril decirlo, el estudio o presentación de la realidad. Esta tiene, desgraciadamente para el hombre y a consecuencia del hombre, un mayor porcentaje de cosas desagradables que agradables; pero en cambio posee un mayor porcentaje de elementos estéticos sobre los antiestéticos. Toda creación de la naturaleza tiende hacia la perfección; en cambio, no toda creación del hombre, pretendiendo estar encaminada hacia este

fin, llega a conseguirlo. Los términos fealdad y belleza, a pesar de lo que se diga en contrario, existen y están presentes en la vida. Hacia donde volvamos la vista o el pensamiento encontramos algo feo, grotesco, que choca en nuestra sensibilidad, la hierde y deja una sensación de disgusto. Pero al mismo tiempo encontramos también hechos o cosas que contrapesan este desagrado, por su bondad o belleza, y que permiten mantener el equilibrio de la existencia. De lo contrario el pesimismo se enseñorearía de la vida humana y el vivir sería un desastre insoportable.

¿Qué afán, entonces, el de determinado grupo de personas que se dicen artistas en presentarnos esta sucesión de aspectos desagradables? Podría llegar a suponerse que hay cierta relajación de los sentidos, cierta perversidad en sumergirse en estos aspectos y arrojarlos al rostro del lector, auditor o espectador, como un castigo por la culpabilidad que pudieran tener de su existencia.

Vamos a referirnos específicamente a nuestro ambiente, con toda honradez y sin temor de que se nos acuse de parcialidad o de que se nos prejuzgue como enemigos del progreso literario. (Aparte de que en arte no existe el término progreso sino la evolución, evolución que el Renacimiento consiguió retrocediendo varios siglos para ir a inspirarse en las sagradas fuentes de Grecia). Nuestra literatura tiene una marcada debilidad por las influencias. La joven generación de poetas tiene abierta la puerta a todas

las tendencias y acaso por ello carece de una personalidad definida. No vamos a referirnos a la mal interpretada influencia política; mal interpretada, porque se ha confundido el término revolucionario en arte con revolucionario social, al pretender que se hace labor revolucionaria escribiendo poemas fogosos y tan intrincados en su lenguaje que ningún obrero podría entenderlos. (Y hay que considerar que son los obreros los autores de la revolución social). Esta influencia suele manifestarse sin escrúpulos de ninguna especie, y así como hemos tenido y persisten una sucesión de ediciones populares de Pablo Neruda, tenemos también, y en escala alarmante, un verdadero regimiento de supervivientes de García Lorca. Impudicamente se copia su metro romancesco, sus metáforas y hasta sus palabras. Los «jacintos», las «espadas», las «bandejas», los «lirios», las espuelas» y hasta los «gitanos» no pueden faltar en ningún poema; así como hubo un tiempo cercano en que, a semejanza de Neruda, un poema no era tal si no tenía por lo menos una «lámpara», un «cinturón» y un «anillo». Para bien de nuestra poesía estos poetas sólo consiguen tener un reducido público de recitadores de radio y de cafés nocturno que los divulga sin piedad y con éxito que será muy pasajero.

Lo anterior en cuanto a la poesía; ahora viene lo relativo a la novela o el cuento. Si bien es cierto que la literatura rusa de la actualidad no tiene la grandeza de la prerrevolucionaria, hay figuras de alto valer.

Pero las obras de estos autores podrían considerarse reaccionarias junto a ciertos cuentos de escritores chilenos que, tratando de desarrollarse en un ambiente realista, se alejan de toda realidad y se convierten en un manifiesto político dicho por varios personajes de la obra.

Este ambiente realista es, justamente, el punto negro de la joven literatura chilena. Hay, no cabe duda, un espíritu malsano que guía al escritor a mostrarnos exclusivamente lo desagradable, lo antiestético, lo grosero. El vocabulario es procaz; las cosas que se describen repelen a la primera ojeada; lo más bajo del lenguaje está presente.

¿Qué objeto se persigue con ello?

Suponemos que, equivocadamente, hacer obra de arte; como si la obra de arte pudiera existir en el pantano, con todos sus malos olores.

El arte, en nuestro entender, y creemos que en el de todo el mundo, reside en la exaltación de la belleza, en la perfecta ordenación de los elementos, en el equilibrio de las ideas y las cosas; pero en ningún caso en la presentación de lo más desagradable, de lo más chocante a la sensibilidad. Así por ejemplo, nos encontramos con un escritor que, para hacer realismo y labor social, se complace en describirnos todos los malos olores de una pieza de conventillo, empleando los vocablos más vulgares y crudos. Allá él con sus teorías artísticas; pero nosotros no concebimos que se

pueda hacer obra de arte describiéndonos el proceso de putrefacción en un pozo séptico.

Por otra parte, y volviendo a la influencia que el realismo extranjero tiene sobre nosotros, debemos decir que ésta se ejerce especialmente en este mismo sentido negativo. Desde que apareciera aquella obra maravillosa que se llama «Las uvas de la ira» de Steinberg, en que uno de los personajes, viejo de manos temblorosas, trata inútilmente de abotonarse la bragueta o se rasca los testículos; los jóvenes literatos no pueden escribir dos páginas seguidas sin que uno o varios de sus personajes se abrochen la bragueta, se rasquen los testículos o anden lanzando escupitajos.

Si estas obras permanecieran guardadas en bien cerrados cajones o se leyeran solamente en tertulias de amigos, no protestaríamos tan airadamente; pero, por desgracia, ven la luz pública y merecen la propaganda de sus semejantes.

Existen tantos elementos desagradables, contrapuestos a la belleza, en el desenvolvimiento de la diaria existencia, que cuesta mucho menos cogerlos y arrojarlos al azar contra las páginas de un libro, que hacer un trabajo de ordenación, de composición, de armonía. Es mucho más difícil hacer obra de arte que no hacerla. Esa es toda la cuestión.